

Hubo bodas en Caná

Oye

Y en la boda aldeana, con mozas de fiesta y muchachos en broma, estuvo Nuestro Señor Jesucristo.

En medio del rumor de la vida, entre las enhorabuenas y los excesillos de la mesa, junto a los trajes nuevos, y el comadreo de vecinas, andaba también Nuestra Señora.

Nos imaginamos fácilmente a la Virgen orando, en espera del Arcángel; y se nos escapa el encanto de la Madre de Jesús en los valvenes de cada día, con la ropa para lavar, guisando el puchero o zurciendo un manto.

Al decir santidad, evocamos el convento con su silencio rasgado por la campanita; el anacoreta que come hojas de berza; el martirio del Obispo antiguo; las misiones.

Del Evangelio, sin embargo, se desprende un perfume de virtud en cada esquina, cuando se siembra, cuando se amasa; de los niños que juegan en la plaza, de los enamorados que por fin se casan.

Santifiquemos la vida nuestra, la de todos los días iguales, la que no tiene un contorno determinado previsto en las constituciones o en la regla.

Santifiquemos la soledad y la algarrabía, el rinconcico donde trabajamos y el bar a donde llegamos con dinero fresco la tarde del domingo.

Santifiquemos la soledad del corazón, cuando la virtud tiene sus batallas gloriosas; santifiquemos el amanecer del amor, al encontrar el eco que repite aquella palabra que aún no nos habíamos atrevido a pronunciar.

Este Evangelio de Caná viene tras la fiesta de la Sagrada Familia; y es como su complemento.

Que no está la complacencia del Señor en lo difícil, sino en lo de cada día, en la obra de las manos callosas, en el esfuerzo creador del hogar, en la alegría sencilla...:

A no ser que El mismo gufe por derrotos nuevos; pero entonces manda estrellas claras, que enseñan el camino.

8-29

11. 8/20

" Un capitalista tiene una fortuna de diez millones de coronas
colocada a una renta del 5 por 100. Sus ingresos anuales son,
por tanto, 500.000 coronas. De estos ingresos y capital,
189.530 coronas por impuesto de defensa nacional